

Alfonso Armada

EL SUEÑO AMERICANO

CUADERNO DE VIAJE A LA ELECCIÓN DE OBAMA

EDICIONES DEL VIENTO



©Alfonso Armada, 2009
©Ediciones del Viento, 2009

EDICIONES DEL VIENTO S.L.
Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña
Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com
www.edicionesdelviento.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño: David Carballal
Maqueta: Alejandro González Docampo

ISBN: 978-84-96964-46-4
Depósito legal: C 107-2009
Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

*A Candyce y Bill Leonard,
James y Kay Salter,
nuestros amigos americanos*

Decir que alguien es feliz, como afirmaba mi pobre padre, es una tontería. Feliz es el payaso del circo, una teleserie, una tarjeta de felicitación. La vida, sin embargo..., la vida es algo más duro. Pero también mejor. Mucho mejor. En serio.

Richard Ford, *Acción de Gracias*

ÍNDICE

Antes de embarcar	13
El índice del miedo	15
Falta de atención	19
Efecto a largo plazo	25
Dios y el <i>New York Times</i>	35
Sacrificio	41
Glory Days	47
El viento que barre la llanura	55
Grandes vistas para los muertos	61
La condición humana	71
Sarajevo en el Midwest	77
La noche	83
Sexo oral	89
La frontera	97
Homenaje a Walt Whitman	105
Un sueño olvidado con Louis Armstrong	109
La emoción	117
Hotel Tokio	125
Regreso a Gotham	133
El mar de Harlem	141
Contra la muerte	145

ANTES DE EMBARCAR

Tras haber sido corresponsal en Nueva York del diario *ABC* durante casi siete años, de haber cubierto el escandaloso espaldarazo del Tribunal Supremo que le concedió a George W. Bush la victoria en Florida y con ella las disputadas elecciones del año 2000 frente a Al Gore, la destrucción de las Torres Gemelas, la guerra de Irak en las Naciones Unidas, el segundo triunfo de Bush (frente a John Kerry), de haber recorrido en zigzag, del Atlántico al Pacífico, la frontera entre México y Estados Unidos, y de haber asistido a seis ceremonias de los Oscar de la Academia, no quería perderme las elecciones en las que un insólito candidato llamado Barack Obama podía convertirse en el primer negro (más bien mestizo) que llegaba a la Casa Blanca.

Conseguí convencer a mis jefes en *ABC* de que me enviaran de vuelta a mis queridos Estados Unidos, pero no para cubrir de cerca los últimos espasmos de la campaña electoral, sino para internarme en la otra América, en algunas de las otras Américas que encierra Estados Unidos, para tratar de ver cómo respiraba y hacia dónde podían decantarse unos comicios que han mantenido en vilo al mundo y desatado —con la victoria de Obama— una esperanza inusitada, un castillo de ilusiones desmesuradas. Las expectativas son tan altas y las tareas tan hercúleas que, inevitablemente, el carismático presidente va a desilusionar a muchos,

estadounidenses y ciudadanos del mundo que, tras la espantosa herencia que deja George W. Bush, sólo quieren pasar página, creer que no es demasiado tarde para enderezar el rumbo tan torcido de las cosas.

Desde la economía (la codicia y la desigualdad que cuestionan el sistema capitalista), a la degradación del medio ambiente (con un consumo insostenible), desde pudrideros como Palestina, Congo o Darfur, a los derechos humanos emponzoñados en Guantánamo y Abu Ghraib, Obama tendrá que hacer más que juegos malabares bajo los focos para que la todavía primera potencia mundial recupere el prestigio perdido, y el sueño americano que él parece encarnar con su propia trayectoria recobre su viejo brillo.

Mi viaje se corrió del 21 de octubre al 8 de noviembre de 2008 con escalas en siete ciudades: Nueva York, Winston-Salem (Carolina del Norte), Winchester (Virginia), Lafayette (Indiana), Dayton (Ohio), Tucson (Arizona) y Chicago (Illinois), antes de volver a la casilla de salida, en Nueva York, para desde allí regresar a España. El objetivo era rastrear y tratar de poner a contraluz los factores que podían decidir el resultado: el papel de la religión, el voto de los *red necks* (la clase obrera blanca), la importancia de la raza, la crisis económica y la inclinación de los Estados dudosos como Ohio, además de los hispanos, la inmigración y la frontera.

Este libro rescata el blog que alimenté febrilmente cada noche, a menudo hasta altas horas de la madrugada y en un estado de ebria fatiga y lucidez, para *abc.es*, y algunas de las crónicas que escribí para el *ABC* de papel. A medida que avanzaba en la oscuridad me di cuenta de que acaso en este *cuaderno de viaje en pos de un sueño* podía haber un libro. Ojalá.

A. A.

Madrid, 12 de enero, 2009

EL ÍNDICE DEL MIEDO

NUEVA YORK, LUNES,
20 DE OCTUBRE, 2008

El cielo está despejado salvo por unas veladuras blancuzcas que señalan el maelstrom de Manhattan. El taxista, de nombre centroeuropeo, es silencioso. Como siempre que se entra por la carretera del JFK, los viejos cementerios de Queens saludan con ironía al viajero. El sarcasmo coincide con los rascacielos de guardia, que como en el famoso pasaje de Proust se alzan sobre la curva (en este caso de asfalto) para desaparecer y jugar con la perspectiva. Con su altivez industrial, parecen dispuestos a sortear otra guerra. Siempre que me acerco al peaje del túnel que corre bajo la corriente del East River los policías de servicio me recuerdan una estampa borrosa de la primera parte de *El Padrino*. Aquí no puedes fiarte de nadie. El mismo túnel tiene algo de corredor sanitario, de rampa hacia el depósito de cadáveres, con sus azulejos blancos patinados de humo y ambiciones rotas.

Como las del índice del miedo, que acaba de batir su récord desde que fuera creado en 1993. El vix de Chicago (un oscuro observatorio que examina la volatilidad del mercado de valores)

alcanzó el viernes los 70,33 grados, el más alto de su breve historia: un vértigo que sirve para medir el vaivén de montaña rusa de las bolsas del mundo, donde la destrucción de riqueza parece su última vocación, el sueño perverso de un capitalista que hubiera enloquecido: del placer de la codicia al del terror, un nihilismo a la medida de todo lo acumulado para nada. Una zapa que coincide en el periódico del día con los rostros de quienes “son famosos por ser famosos”, un bucle nada melancólico, sino todo lo contrario. A pesar de la inmensidad de la crisis, que ha llevado a periódicos como *The Columbus Dispatch* a cancelar su contrato con la Associated Press (800.000 dólares anuales), y al grupo Tribune (que edita cabeceras legendarias, como *Los Angeles Times* y *The Chicago Tribune*) a plantearse parejo y drástico ahorro, y al displicente Museo de Arte Moderno de Nueva York (el MoMA) a congelar las contrataciones y a reducir sus gastos corrientes un diez por ciento, el caricaturista iraní Ardeshir Mohassess solía decir que los explotados debían dividir la responsabilidad acerca de su suerte con los explotadores. Al “reportero” (como le gustaba llamarse) que tuvo que exiliarse en Nueva York a causa del poco sentido del humor de la policía del Sha primero y la de los ayatolas después le dedica hoy el *New York Times* una amplia necrológica en la que recuerda el texto de una de sus cáusticas viñetas: “La ejecución del reo coincidió con las ceremonias del cumpleaños del rey”.

La noche cae sobre Nueva York con su neutra ferocidad. Se ensaña con los derrotados, sirve de pantalla a quienes todavía se ríen del curso de la fortuna: a un lado de la calle 24, de un local con billar bajo focos de la Gran Depresión brota un jazz estridente, como si la cantante sufriera un repentino acceso de pánico, mientras bajo el patíbulo de un andamio un *homeless* se prepara

para conciliar el sueño. Contra el frío, las ratas y el tribunal de las bolsas de basura, primorosamente amontonadas como para una trinchera de las guerras que se avecinan. Como siempre en esta ciudad maldita y deseada, hermosa hasta el hastío, que exige cada jornada cantidades ingentes de sangre fresca, los rostros de los desterrados, de los idos, de los que han perdido la cabeza, se cruzan con los amos del universo, entre calabazas y cadáveres de pega: Halloween, el carnaval del sueño americano, llega este año en vísperas de una elección sobre la que se cargan todas las tintas. El Empire State, viejo nuevo faro de Manhattan, luce la misma iluminación que la farsa: naranja rosáceo. Un color para las brujas de la imaginación, las que parecen al servicio de un miedo manejable. En la página 3 del mismo suplemento de negocios que da cuenta del índice del miedo (ese VIX del mismo Chicago que Obama) se anuncia a toda plana una receta para convertir el sueño en realidad: «Los diez caminos para hacerse rico. ¡Cómo hicieron los potentados para llegar ahí (y cómo tú puedes lograrlo también)!». Se aplaza el escarmiento. Manhattan quiere dormir sin sobresaltos. Pero el miedo acecha.

FALTA DE ATENCIÓN

NUEVA YORK,

MARTES, 21 DE OCTUBRE

Vuelvo a escuchar NPR, National Public Radio, la emisora que engrandece la radio y que —para nuestra desgracia— nadie imita en España. Pública, pero en gran medida sufragada por las cuotas de sus oyentes. Contribuíamos gozosamente cada año cuando vivíamos aquí. Era nuestra emisora. Siguen los mismos programas, las voces familiares, la cercanía, la hondura, la ausencia de esa palabrería y chiste fácil, de broma permanente, que domina el dial español, tan saturado de tertulias ignaras que multiplican la burricie nacional y el partidismo estéril. Anuncian que lloverá, y así es. Hace frío en Nueva York. Desayuno en L'Express, un restaurante francés de Park Avenue South, de esos que no cierran nunca. Un plato de granola con fruta. Cuando aterriza en mi mesa me doy cuenta de que esta opulencia no puede durar. Con un plato como éste desayuna, come y cena una familia congoleña de cuatro miembros. Cuando llega el condumio de mi vecino de mesa (un gigantesco cruasán relleno de tortilla francesa y panceta, con una portentosa guarnición de patatas y un capuchino en un verdadero cáliz de porcelana), vuelvo a comprobar que la exuberancia irracional de los mercados (que denunció en su día el cínico de Alan

Greenspan) no era un epifenómeno: forma parte de una manera de vivir, del derecho a derrochar, a endeudarse, a vivir por encima de tus posibilidades, a comer más de lo que necesitas. Es lo mismo con el aire acondicionado, con la calefacción, con las cisternas, el automóvil, esa *American way of life* que con tanto ardor defiende Dick Cheney y que tan rico le ha hecho. En Manhattan todo es excesivo, empezando por el desayuno, y por los nuevos rascacielos, como el que se levanta en la calle 23, una delgadísima torre de cristal que rompe la armonía, multiplica el caos, el valor del aire, la confianza irracional en que el techo del progreso tiene que seguir siendo el cielo. Y así vuelvo a acordarme de Kinshasa, de los desayunos que se servían en el hotel Intercontinental, donde tengo la certeza de que Lluïsa Cunillé ha ambientado su penúltima obra, *Après moi, le déluge* (*Después de mí, el diluvio*), que habla oblicuamente del coltán y de tantos expolios. Abre la pieza escrita con una frase que no se dice en escena, pero que resume la trama moral, palabras de Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas* con las que advierte que quienes se internen en el Congo, aquel Congo belga atroz, no deben tener entrañas. Son un estorbo para el saqueo.

Desde el despacho de Alberto Vourvoulias-Bush, director de *El Diario / La Prensa*, se contempla una imagen insólita de Manhattan: a la izquierda, el puente del mismo nombre, uno de los más hermosos y menos celebrados, con su azul que parece prometer una inocencia que aquí no es posible. A la derecha, tras un fragmento del East River, el de Williamsburg, el más olvidado, un mulo de acero, el puente de los ingenieros y el puente de los inmigrantes, de los judíos, de los hispanos, que pudieron establecerse en la orilla pobre del río y cruzar a trabajar a Manhattan cuando la isla empezaba a ser pujante y al mismo tiempo era un emporio de miseria. Hay muchos que hoy no le andan a la zaga

de aquellos explotados, muchos hispanos que se han quedado sin trabajo en la vorágine de la crisis: ya no pueden mandar las remesas que mantenían a sus familias a flote, y a la patria lastimosa, y ahora tratan de ahorrar lo que cuesta un pasaje para regresar-se. El *New York Times* cuenta en su primera página que los hispanos son más propensos al alzheimer, enfermedad que además les alcanza más temprano, pero no por razones genéticas, sino de mala vida, de mala alimentación, desarraigo, estrés, desatención médica..., todo ese rosario de perlas de chichinabo que lleva aparejada la desgracia, y el esfuerzo por salir de ella a toda costa.

La falta de atención no nos deja verles cuando hacemos la ronda del turismo y venimos a comprar lo que no necesitamos. Esa *Falta de atención* que la polaca Wislawa Szymborska esgrimía en un poema en el que se reprochaba haberse portado mal en el cosmos, haber dejado pasar un día sin preguntarse por nada, cumpliendo obligaciones cotidianas. ¿Cómo me porté hoy en Manhattan? Me citó Gema Álava Crisóstomo, artista de sombras y tendales, artista de la fragilidad, a la puerta del MoMA, que como la casa del clásico, malo es de guardar, porque tiene más de una. No nos encontramos, pero no perdí el tiempo: vi cómo la lluvia prometida mojaba la acera. Cómo una gran señora era escoltada por dos calcos de Glenn Lowry (el director del museo), pero con menos galones, y volvían a meterse dentro a causa del chubasco, antes de bajar de nuevo con dos paraguas, sin que ninguno de los dos acertara a cubrirla. Vi cómo un miembro del *staff* llegaba en bicicleta y la pliegaba con cuatro toques mágicos hasta convertirla en un cuadrado a la bauhaus y llevársela casi bajo el brazo. Vi cómo un repartidor con chaleco, pajarita negra y gorra a juego dejaba la bici atada a una señal y entraba con un pedido al templo del arte moderno. Cuando me fui a probar suerte de la puerta de la calle 53 a la de

la 54 pensé que el muro del jardín del museo podía ser una metáfora del muro que multiplican en la frontera con México y de la valla de Ceuta y Melilla y que se podía y debía hacer algo con ese muro del MoMA que hiciera alusión a los otros muros y dejara en evidencia a la exquisita catedral de la liberación. Me fijé en el suelo mojado y pensé que, al menos en la esquina con la Sexta Avenida, era como basalto de una civilización gigantesca: su lápida, con los rascacielos reflejándose en los charcos. Vi cómo una chica de altos zapatos de tacón daba las últimas instrucciones para una rueda de prensa sobre la movilidad (*mobility*) en la arquitecta Zaza Hadid (que acaba de inaugurar en Central Park un museo portátil a mayor gloria y vanidad de Chanel —parece un bolso de las mil y una noches—, que llegó desde Tokio en un carguero, desmontado en el interior de 55 contenedores) y me acordé de que mi amiga dudaba de si móvil se escribía con uve. Vi también cómo uno de los encargados del *catering* (un hispano, claro) doblaba de forma milimétrica un mantel negro haciendo perfectas triangulaciones hasta conseguir una superficie sin arrugas, impecable, y cómo se hacían daño tres camareros tratando de desencajar tres cubetas blancas incrustadas en sí mismas como si estuvieran soldadas. Me agaché para ver de cerca un objeto de color lapislázuli: era la pestaña rota de un bolígrafo. También me fijé en lo tensas y estresadas que caminan las chicas que trabajan en el MoMA cuando regresan con su bolsita de papel con el sandwich del almuerzo dentro y con qué poca espontaneidad y alegría saludan al entrar. Y me fijé en el bolido rojo colgado de la pared y en la cabeza de Rodin y en las fuentes del jardín un día de lluvia, martes en que el museo está cerrado y cantan para nadie tras el muro de la calle 54.

Dice el diario de Vourvoulias-Bush, que se ha mudado a un piso 18 limpio y lleno de luz, que *Poeta en Nueva York* cumple 75 años,

y recuerdo cómo unas profesoras españolas de Winston-Salem se burlaban de los periodistas que seguían recurriendo al libro de Lorca después de tantos años para hablar de Manhattan. ¿Como los que seguimos recurriendo al libro de Conrad para hablar del Congo? Eva Sanchís, la reportera del diario, menciona la carta que el poeta dirige a sus padres en agosto de 1929, en la que habla de Wall Street, y que está tan bien traída ahora que Wall Street vuelve a rugir, y a sentir pánico, un vértigo inasible: «Es el espectáculo del mundo en todo su esplendor, desenfreno y crueldad. Sería inútil que yo pretendiera expresar el inmenso tumulto de voces, gritos, carreras, ascensores, de la punzante y dionisiaca exaltación de la moneda». No, no sería inútil, no lo fue, no lo sigue siendo. Vourvoulias confía en el triunfo de Barack Obama y en que ayude a restaurar lo mejor del *sueño americano*, no el de la codicia y el del consumo, sino el de quienes aspiran —como muchos emigrantes hispanos— a hacerse un lugar al sol donde vivir dignamente y proporcionar a sus hijos una educación y un porvenir mejor que el suyo, en un país donde se respete la libertad y no se imponga, un país que recupere el prestigio enturbiado por una Administración en retirada.

EFECTO A LARGO PLAZO

WINSTON-SALEM, CAROLINA DEL NORTE,
MIÉRCOLES, 22 DE OCTUBRE

Pfizer, la super-farmacéutica, ha dado la voz de alarma: las ventas de Lipitol, reductor de colesterol, el *best seller* de los medicamentos, han bajado un 13 por ciento en el tercer cuatrimestre del año. Y es que «la gente está teniendo que elegir entre calentarse, comer o medicarse». Lo dice en la primera página del *New York Times* el doctor James King, presidente de la Academia Americana de Médicos de Familia. ¿Y por qué tienen los americanos que gastarse tanto en Lipitol? Porque comen demasiado y comen mal. Los efectos, como los de las burbujas (primero la inmobiliaria, ahora la de las hipotecas basura y muchas otras), se verán a largo plazo, en la salud de un sistema que para Joe Bageant, un periodista riguroso sin pelos en la lengua (como demuestra en sus *Crónicas de la América profunda*), hace agua: «El entorno laboral implacable y despótico que sufren los trabajadores americanos no ha dejado a esta gente levantar cabeza, y ha terminado convirtiéndolos en seres incapaces de imaginar el papel activo y la capacidad de decisión que tuvieron sus padres durante la Segunda Guerra Mundial. Al igual que muchos otros norteamericanos, en la actualidad su concepto de la libertad personal ha

«sido reducido a un pálido facsímil de lo que antaño fue esa idea, reducido al simbolismo de la posesión de armas, a la libertad de expresar su individualidad mediante la compra y la acumulación de todo tipo de basura innecesaria».

Un país con 45 millones de almas sin ningún tipo de seguro médico y que pueden ser 50 millones dentro de un lustro y donde, si los precios de las viviendas continúan desplomándose, los hogares de 19 millones de propietarios valdrán en 2010 menos que las hipotecas que están pagando. Un negocio ruinoso, como explica Bageant al hablar de las caravanas, que en cuanto la clase media las adquiere —muchos tras haberse endeudado por unas cantidades que no podrán devolver en su vida: se limitan a cubrir los intereses, sin poder reducir (con sus sueldos de miseria) el capital— valen mucho menos del crédito que han firmado y que se transforma, con la tinta todavía húmeda, en una soga.

Menos mal que en algunos rincones de Estados Unidos se abre alguna trampilla a la justicia: un juez de Nueva York acaba de condenar a los propietarios de una cadena de restaurantes asiáticos a pagar a 36 repartidores de pedidos a domicilio 4,6 millones de dólares: hasta 320.000 dólares recibirá cada uno de los antiguos empleados de la cadena Saigon Grill (fueron despedidos cuando los patrones se enteraron de que iban a presentar una demanda) por haberles explotado durante años. Los repartidores recibían menos de dos dólares a la hora, mucho menos que el salario mínimo tanto estatal como federal, en jornadas de hasta doce horas seis días a la semana, que al cabo del mes les reportaban unos beneficios de 520 dólares: todo un caudal para estos inmigrantes de la provincia china de Fujian que así empezaron a paladear la cara amarga del sueño americano.

Regreso a desayunar a L'Express, atraído por la calidad de la granola, pero también porque quiero hacer un experimento: pido media ración. Como me temía, no está prevista esa extravagancia: esto es Nueva York, esto es América. La de los rascacielos, la de las limusinas, la de las gigantescas urbanizaciones que devoran ingentes cantidades de recursos, la de las McMansions. Le vuelvo a ceder la palabra a Bageant, con quien tengo una cita este fin de semana en su Winchester natal, Virginia: «¡Que se joda el planeta, George, tú pisa a fondo!». No lo dice expresamente, pero podría decirlo quien ocupa el puesto de copiloto, quien a fin de cuentas ha dirigido en gran medida al bólide americano: su vicepresidente Dick Cheney, el padre que —a diferencia del carnal— le dejó ser lo que soñó ser, el mismo que insiste en mantener abierta la colonia penitenciaria de Guantánamo, en la isla de Cuba, donde un juez acaba de desestimar los crímenes de guerra que pesaban contra cinco detenidos, entre ellos un tal Padilla, detenido en el año 2002 en el aeropuerto de Chicago, acusado de pretender hacer estallar una “bomba radiactiva” en Estados Unidos, un caso al que se dio en su día bombo y platillo, pero que ahora acaba en nada, aunque los seis años de internamiento no se los quita nadie, y que además no parecen haber terminado.

Abandono mi querido y odiado Nueva York para adentrarme en esa América profunda para intentar dilucidar por quién se inclinará la mayoría de los votantes el 4 de noviembre. El pequeño aparato levanta el vuelo en el aeropuerto de La Guardia poco después de las tres y media de la tarde y sobrevuela Manhattan, que a esa hora y en esta época del año y bajo la crisis parece haberse vestido de una pátina cobriza, como si la masa de rascacielos se hubiera oxidado entre dos ríos de caudal oleaginoso y un gran parque central que desde el aire parece enfermo de avitaminosis.

Las nubes que presiden la lengua azul de la bahía acentúan el cuadro vertiginoso y dramático. Hoy hace dos años que murió mi padre. El otoño es más visible en Winston-Salem, emporio tabaquero y sede de la prestigiosa universidad de Wake Forest. La noche parece antracita pura a través de las ventanas de la casa de Bill y Candyce Leonard: él es pastor y decano de la Facultad de Teología (Divinity School), ella profesora de literatura e hispanista, apasionada del teatro que se hace muy lejos de aquí. En las casas, con luz dentro y oscuridad exterior, uno se expone a la confianza ciega en la humanidad. Lo que ahora no cotiza en Wall Street y que empieza a contagiar a la que aquí llaman Main Street: la economía real, la vida de los americanos que empiezan a desertar del largo sueño, del largo legado de Ronald Reagan, quien proclamaba que el gobierno era el problema, nunca la solución.

EL ARDUO FUTURO DEL SUEÑO

«¿Qué ocurre si eres Tom Henderson y te has tirado más de veinte años trabajando en una fábrica, propiciando la degeneración de cada parte insustituible de tu cuerpo a fin de alcanzar el sueño americano, aunque sólo para descubrir al final que el manto de bondad estaba rasgado?». Son palabras incrustadas en las *Crónicas de la América profunda*, de Joe Bageant, un libro tan desolador como certero, que recalca páginas después: «El brutal modo en que los trabajadores más laboriosos de América fueron históricamente forzados a interiorizar los valores de los gánster capitalistas es algo que a la izquierda se le escapa, y salvo contadas excepciones la izquierda tampoco entiende nada acerca de cómo este sistema político y económico ha machacado a golpe de martillo hasta la humanidad misma de los trabajadores corrientes». Buena parte de esa masa de trabajadores blancos empobrecidos, pero patriotas, que desdeñan los sindicatos y tachan los subsidios sociales y la sanidad universal como socialismo fueron los que contribuyeron a la doble victoria de George W. Bush. La crisis los está castigando como al que más. De su comportamiento el 4 de noviembre depende que la victoria se incline del lado de Barack Obama o del de John McCain. Para Bageant, «gran parte de la lucha por recuperar el espíritu de América consiste en sanar las almas de estos americanos y hacer que despierten de esa superabundancia de artículos de consumo y espectáculos que los idiotiza. Consiste en asegurarse de que ellos —como nosotros— rechacen la tortura como una actividad propia de héroes y dejen de pensar que los bebés deformados por el uranio empobrecido son solamente *el precio de la libertad*». Por eso acaso resulte pertinente, ante las cruciales comicios, volver a preguntar por lo que queda de ese espíritu, del famoso sueño americano.

Estadounidense nacido en Berlín en 1966, piloto de guerra reconvertido en piloto civil, casado con la artista española afincada en Nueva York Gema Álava Crisóstomo, Michael Gallagher respondió con un contundente ensayo a la pregunta, ante las elecciones del próximo 4 de noviembre, ¿qué queda del sueño americano cuando tantas familias de clase media se las ven y se las desean para no caer en la inseguridad y la miseria? «El sueño americano significa cosas distintas para gente diferente. En el sentido de que supone tener en gran estima la libertad individual y la posibilidad de alcanzar el éxito sobre la base del esfuerzo personal mi respuesta es que sí: el sueño sigue vivo y demostrará que no ha dejado de formar parte de nuestra existencia.» Pero ante los desafíos a los que se enfrenta Estados Unidos

(una economía a punto de entrar en profunda recesión, una “trágicamente mal dirigida” guerra, una política exterior que ha aislado al país, una arcaica política energética, una educación y sistemas sanitarios necesitados de radicales reformas...), Gallagher piensa que el panorama «no puede sino calificarse de tragedia nacional». Avergonzado de la actual Casa Blanca y del Congreso, confía en que los votantes lancen en noviembre un mensaje claro: «Afortunadamente hay un candidato que cuenta con la visión necesaria para hacer frente a una tarea monumental», aunque para ello han de arrimar el hombro todos los estadounidenses. Para Gallagher ese candidato es Obama.

Bette Lawler, nacida en Trenton, Nueva Jersey en 1956, directora de operaciones del Instituto Americano de Ingenieros Químicos, está «preocupada por el sueño americano en muchos frentes, como el de que si trabajas duro podrás salir adelante y conseguir lo necesario para ti y tu familia». Algo que ahora le resulta cada vez más difícil de creer. Le preocupa que «si Estados Unidos es un lugar donde no se puede ser musulmán, donde no se pueden tener diferentes puntos de vista, donde si no llevas un pin con la bandera no amas a tu patria, donde está bien mentir acerca de la guerra mientras centenares de miles de personas mueren, donde no está bien visto compartir la riqueza de los ricos con los pobres... quizás si el sueño es definido así mejor sería que se esfumara».

«Viniendo de América Latina, el dramatismo de la pregunta me parece fuera de lugar, casi absurdo. A este país le queda mucho por hundirse para que podamos empezar a hablar de miseria, y si ese fuera el caso yo no me preocuparía tanto por el destino del sueño americano como por la situación de caos político y guerra que se extendería por el resto del mundo. ¿Hace falta recordar que las exportaciones de China, India y la mayor parte del Tercer Mundo están sostenidas por el consumo estadounidense?», se pregunta a su vez Claudio Iván Remeseira, nacido en Buenos Aires en 1960 y vecino de Nueva York desde 2001, director del Hispanic New York Project de la Universidad de Columbia.

«A pesar de las nubes negras que nos envuelvan en esta temporada, soy bastante optimista sobre el futuro del sueño americano», dice Jonathan Brown, nacido en Springfield, Massachusetts, en 1939, y profesor de historia del arte en el Instituto de Bellas Artes de Nueva York, un amante de la pintura española. «A mi edad, he visto ya varias crisis económicas en este país. Cuando me trasladé desde los claustros silenciosos de la universidad de Princeton a la ruidosa calle 78 de New York en 1973 (sede del Institute

of Fine Arts), pasábamos una crisis muy fuerte. De hecho, el presidente de nuestro patronato, el venerable financiero John L. Loeb, me comentó que la situación era peor que en 1929. Pero sobrevivimos. Sí sería peligroso el triunfo de McCain en las elecciones. Un cóctel de 8 partes de Bush y cuatro más de McCain y Palin mataría el sueño americano para la clase media y para todos los habitantes del país.»

Para David Rosas, ecuatoriano de Quito, donde nació en 1978, con nueve años en Nueva York y empleado en un garaje, «el sueño americano está vinculado a la clase media porque es la única forma en que se puede hacer realidad. Si esa clase media acaba cayendo en la inseguridad y la miseria el sueño americano terminaría siendo sólo un sueño».

«Yo creo que la idea del sueño americano todavía existe. A pesar de la crisis, hay opciones, porque es un mercado de riesgo donde hay ciclos altos y bajos. Al menos comparado con los países de donde venimos, las opciones son mucho más claras incluso en medio de una crisis como la que se está viviendo», asegura Juan Carlos L. Albarrán, nacido en La Habana en 1971. Profesor de estudios latinoamericanos en la Miami University de Oxford, Ohio, lleva también, como Rosas, nueve años residiendo en Estados Unidos.

Para la partera peruana Eugenia Montesinos, tras veinte años en *los States*, la respuesta es un resonante *no*: «El sueño americano está muerto en un país donde todos estamos frustrados, asustados y hartos de esta situación en la que nos ha metido el gobierno. ¡Qué desastre! Siento como si viviera en un país del Tercer Mundo donde la inflación sube cada día. La comida, el gas, y un futuro incierto... Ni siquiera puedo pensar en jubilarme, por no hablar de si voy a disponer de algún dinero de mi plan de pensiones, ya que estamos perdiendo los ahorros que habíamos apartado para cuando llegara el retiro. ¿Qué voy a hacer con mis hijos, que están listos para ir a la universidad? No podemos pagarla. Son tiempos aterradores. Tenemos miedo, como muchos otros a nuestro alrededor, de perder nuestros trabajos».

«Al llegar a los Estados Unidos, hace casi diez años, mi estatus salarial me ubicaba entre la clase media. Bajo las condiciones financieras actuales, mi condición es de clase pobre alta», escribe Clara María Montesino, nacida en Cuba en 1991 y licenciada en bioquímica, que se dedica a la investigación biomédica en Nueva York: «Realmente siento una profunda frustración ante el sistema democrático representativo y me siento cada día menos integrada socialmente. A menudo me pregunto si valió la pena perseguir el sueño americano. Mi sueño consistía en la búsqueda de un hogar tranquilo, educación y estabilidad para mi hija. Todo eso hoy está en la punta de

una aguja. Además, el precio es alto. Hoy vivimos solas o solo vivimos para sobrevivir. Mi familia está en Cuba, y a pesar del contacto siento que ahora les extraño más que nunca».

Quien enseñó primero inglés a la hija de Clara, como a muchos otros niños llegados de decenas de países sin hablar una palabra de inglés, fue una maestra de “inglés como segunda lengua”. Judy Geller-Marlowe, nacida en Brooklyn en 1949, considera que «al sueño americano le está haciendo descarrilar la recesión financiera. Estos tiempos turbulentos anuncian que los sueños de comprarse una vivienda o jubilarse se desvanecerán».

«El sueño americano es una gran mentira y por eso no tiene mucho sentido preguntarse si está llegando a su fin, dado que nunca ha existido», asegura por su parte el profesor de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY) José Luis Madrigal, especializado en los clásicos españoles, nacido en Madrid en 1957 y residente en Estados Unidos desde hace más de veinte años. «El sueño americano fue un eslogan acuñado en los años treinta durante la depresión por algún listillo para ilusionar al personal. Porque ¿qué es en definitiva el sueño americano? ¿Un matrimonio feliz que se compra una casa con jardín y que tiene dinero suficiente para enviar a sus hijos a una gran universidad? Ciertamente este sueño particular de bienes materiales se da con más frecuencia en los Estados Unidos que en otros sitios, pero eso no quiere decir que esté al alcance de todos y ni siquiera de una mayoría. Ni ahora ni hace veinte ni hace sesenta años. En Estados Unidos se gana más, pero a cambio de trabajar como auténticos esclavos. Ese es el contrato de la sociedad americana con sus miembros, no nos engañemos: trabajar a destajo —diez, doce horas al día— por un salario que permita satisfacer las necesidades primarias (comida, ropa, casa) y quizá, si hay suerte, tener un remanente para educación y ocio. Y casi siempre sin la protección social que existe en Europa. Capitalismo crudo, en suma.»

Para Isaías Lerner, también profesor de la City University of New York, cuando se dice sueño americano le gustaría saber si se refiere a la propaganda gubernamental, una familia, con una casa, dos niños, con un automóvil... «Todo eso está ahora en quiebra por razones de tipo económico: el fracaso de la revolución Reagan está llegando al último suspiro. El sueño americano que nos propuso el capitalismo sin regulaciones es una mentira.» Nacido en Buenos Aires en 1932, halló en Estados Unidos refugio de los milicos argentinos. Sostiene Lerner que «si llega a ganar el partido demócrata ciertos aspectos de lo que fue el *new deal* van a volver a ponerse en marcha, porque ha quedado mucha gente desamparada, porque ha perdi-

do sus casas, porque una gigantesca cantidad de gente (45 millones de almas) no tiene seguro de salud, porque no hay seguridad en el trabajo...».

Su mujer, Lía Schwartz, también profesora de CUNY y también enamorada de los clásicos españoles, nacida en Corrientes en 1941, señala que «*the American dream* fue una especie de ente lequía que duró poco tiempo. Hablar del sueño americano significa hablar de los años de prosperidad que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. El *new deal*, que fue el instrumento utilizado por Roosevelt para detener el avance de las ideologías de izquierdas, contentar a la gente antes de que se metieran en una revolución socialista. En este momento estamos al final de un ciclo de capitalismo puro y duro bastante repugnante generado y alimentado por las ideologías neoconservadoras que han terminado con el sueño americano, porque los sindicatos han perdido fuerza, el seguro social dicen que ya ha dejado de funcionar y quieren privatizar todo».

«Hoy día queda muy poco del llamado sueño americano. Esto se debe al nefasto e incompetente gobierno de los últimos ocho años en los Estados Unidos. Las oportunidades de progreso continúan evaporándose, la educación va de mal en peor y la diferencia entre clases sociales, entre los que tienen más y los que no tienen, sigue aumentando. Las elecciones del 4 de noviembre son de vida o muerte para el futuro de los Estados Unidos.» Son palabras del director René Buch, nacido en Santiago de Cuba en 1925. Lleva desde 1949 en Estados Unidos, y desde 1952 en Nueva York, donde dirige el teatro Repertorio Español.

«Como canadiense nacido en 1941, sólo me convertí en ciudadano estadounidense en 1951, cuando mi familia se instaló en Alaska», dice John Bennet, ex miembro del Departamento de Estado. «Sin embargo, he pasado la mayor parte de mi vida, y virtualmente toda mi vida laboral, trabajando fuera de Estados Unidos al servicio del gobierno, sobre todo en el Tercer Mundo y lugares conflictivos. Un aspecto sorprendente de los americanos es su optimismo, incluso cuando se enfrentan a tiempos difíciles como los que acabamos de inaugurar con recesión económica. La enseñanza que cabría extraer es que quienquiera que sea el que gane la Casa Blanca, y prevalezca en el Senado y en la Cámara de Representantes, es que vea con claridad que lo que hagamos esté en consonancia con la comunidad internacional. Actuar solos, como hemos podido comprobar a lo largo de los últimos ocho años, sencillamente no funciona.»

Que sea sin embargo Joe Bageant quien añada unas últimas palabras a cuenta del famoso sueño: «La realidad es que nuestra economía actual con-

siste en tener en danza permanentemente 250 millones de vehículos dando vueltas por ahí, de casa al curro y del curro a la zona comercial, y sus ocupantes comiendo todo el día pollo frito. No fabricamos casi nada. Nos limitamos a consumir un petróleo cada vez más escaso en barrios urbanizados cada vez más extensos y alejados de los lugares de trabajo, y que van construyéndose con el dinero de las hipotecas prestadas a gente que no tiene la menor idea de lo que está ocurriendo». Un sueño americano, quizás una pesadilla.